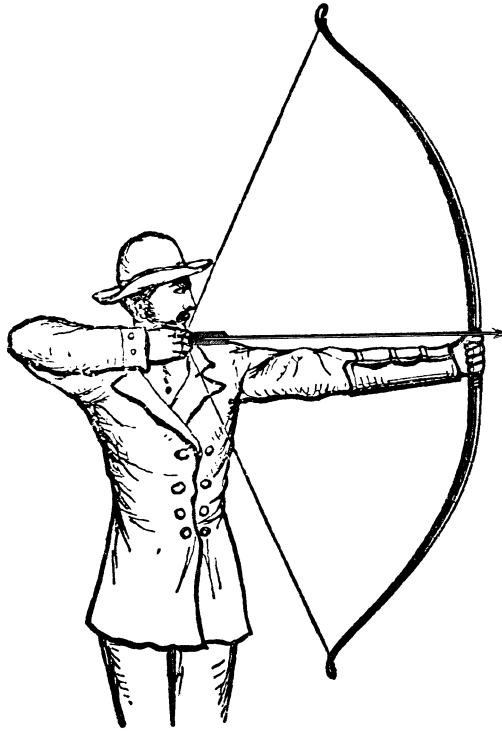


Mesa redonda

Gloriosa negativa

José Tomás Martín Remón

La tecnología debe servir para ayudarnos y no para suplantarnos.



Uno de los problemas que conlleva cumplir años es que nos percatamos de que, cada vez más, las nuevas generaciones nos dan ciento y raya con su facilidad para utilizar chismes diabólicos y lo peor es que, para parecer modernos, nos empeñamos en tomar el tren de la tecnología. Ese manejo tan espectacular de sus teléfonos móviles, consolas y demás artilugios nos desconciertan y, más que darnos envidia, nos incomodan a menudo.

Nuestra mente y nuestro cuerpo no están lo suficientemente ágiles para alcanzarlos con facilidad. No nos queda más remedio que intentar ser coherentes con nosotros mismos y nuestras capacidades. Admitir nuestras limitaciones y disfrutar de nuestras habilidades como único recurso para solventar esta situación.

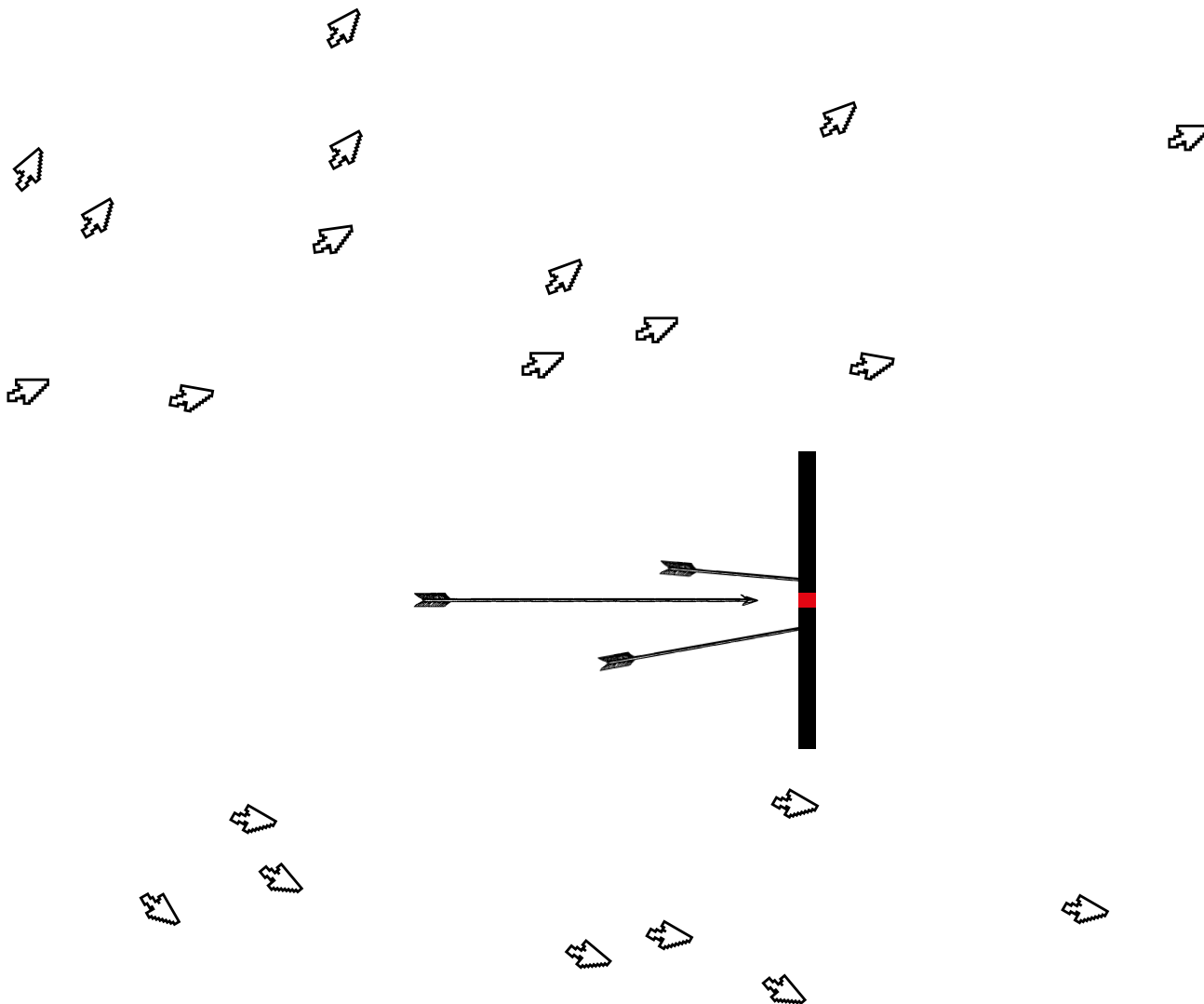
No deberíamos renunciar a mantener la agilidad mental

suficiente para poder realizar a mano cualquier suma de sesenta cifras, con sus decimales incluidos, sin tener que utilizar la Excel. De hecho, si las cantidades están escritas ordenadamente, es mucho más sencillo, rápido y seguro sumar lo escrito, que reescribir en el teclado del ordenador todas las cifras, con los riesgos de error que esa traslación conlleva.

“ Respirar aire puro y contemplar la naturaleza. No admite comparación. ”

Del mismo modo que no es lo más satisfactorio pintar con el ordenador, sino hacerlo en un caballete, óleo sobre lienzo o acuarela sobre papel, para no renunciar al disfrute del propio olor de la pintura.

Si se puede salir al campo a caminar sobre senderos, ¿para qué acudir a un gimnasio a marchar sobre una cinta mecánica? Es evidente la utilidad que tienen esos aparatos de gimnasio para poder mover el cuerpo cuando existe imposibilidad de hacerlo al aire libre, que además permiten a la par escuchar música, atender al móvil, ver televisión y tomar un refresquito mientras se realiza el esfuerzo, conveniente a todas luces. Pero todos esos beneficios no tienen nada que ver con el inmenso placer de una conversación en marcha, disfrutando del paisaje y de una compañía que produce una satisfacción mucho más gratificante que todas las series que se puedan ver en el monitor del aparatito andador. Respirar aire puro y contemplar la naturaleza. No admite comparación.



Está muy bien la tecnología para hacernos la vida más fácil, pero no que sea el sustituto de todos los placeres que nos pueda regalar la vida moderna. Sobre todo los que tienen que ver con el ejercicio cerebral o físico.

Porque no puede ser bueno para un fotógrafo saber que, si la instantánea no ha estado suficientemente preparada y estudiada, se mete uno un ratito al programa “fotoleches” y corrige todos sus defectos, logrando la fotografía “perfecta”. Esto es cargarse de un plumazo la autoestima del creador.

Si la tecnología en la industria del automóvil logra hacer la conducción más fácil y segura, bienvenida sea, pero si lo que pretende es terminar conduciendo por nosotros, arrebatándonos el gozo de la conducción, pues, lo siento, pero nos roba uno de los

placeres que debemos resistirnos a perder.

También la domótica puede ser una evolución positiva, pero nunca puede entrometerse en nuestra intimidad, que parece ser el destino real de esta tecnología tan novedosa.

Hay un buen número de actividades que han mejorado notablemente con la evolución tecnológica. No hay más que analizar los progresos en la mayoría de las ciencias, para comprender que no todo es negativo, pero no tiene punto de comparación la satisfacción que produce ver una película en una sala cinematográfica sobre contemplarla en un dispositivo portátil o en la pantalla del televisor. La representación teatral en un teatro tiene algo mágico en sí, el disfrutar de la connivencia con los actores se consigue mejor frente al escenario. El teatro radiofónico también nos obliga a los radioyentes

a un esfuerzo suplementario para vivir la situación con cierta normalidad, pero nada de esto se consigue con la representación desde una pantalla tecnológicamente perfecta.

Que no le digan al amante a la ópera o a la zarzuela que esos voluntariosos intentos de la televisión sirvieron para otra cosa que no fuera promocionar y dar a conocer a la colectividad unas modalidades culturales relativamente desconocidas. Pero aquello no era lo que buscaba el aficionado auténtico.

La tecnología está imparable (hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad) pero no debemos permitir que termine con toda nuestra actividad racional.